

# Democracia, globalización y las instituciones del Sistema Interamericano\*

*César Gaviria*

Muchas gracias al ex canciller Manuel Tello, a quien conozco desde hace mucho tiempo y me ha distinguido con su amistad; al subsecretario Gustavo Iruegas, quien ha hecho una contribución significativa de la política exterior de México, y con quien he tenido la oportunidad de trabajar en los desarrollos del Sistema Interamericano a lo largo de los últimos años.

Cuando México me invitó, cuando la Cancillería mexicana me invitó a esta reunión, el representante permanente de este país ante la Organización de los Estados Americanos (OEA), embajador Miguel Ruíz-Cabañas, me sugirió que improvisara. Yo tengo una vocación por escribir, escribo casi todos mis textos; evidentemente, cuando uno escribe, pierde capacidad de conectarse con la gente, puede hacer textos, éstos pueden ser interesantes al ser leídos; de hecho, muy pocas personas consiguen leer y conectarse al mismo tiempo con los ciudadanos, ése es un arte complejo. Diría entonces que no pretendo dar una conferencia magistral, apenas una charla; y, seguramente, voy a

---

\* Transcripción de la conferencia magistral pronunciada por el secretario general de la Organización de los Estados Americanos, en Tlatelolco, DF, el 25 de abril de 2002.

dejar más dudas que respuestas; sin embargo, la complejidad de los tiempos que nos tocan vivir es así.

Yo quisiera, más allá del tema de la OEA y de lo que estamos haciendo —después podemos tratar de ello, y de para qué sirven las instituciones que estamos desarrollando—, hablar de las respuestas que tenemos frente a los problemas que estamos heredando, confrontando, por las dificultades y desarrollos de la globalización. También hablaré sobre algunos propósitos que nos hemos trazado y que tienen mucho que ver con los enormes desafíos que enfrentan nuestros gobernantes.

No voy a abundar en definir qué es globalización. La gente tiene la idea de que por ella se entiende, ante todo, un fenómeno de naturaleza económica. La ven como una cosa económica, un poco arrolladora; en general, todo el mundo reconoce que trae oportunidades, pero también muchos peligros, riesgos enormes. Por eso, los gobiernos y los pueblos tienen que tomar esa globalización para, primero, tratar de regularizarla, de no considerarla como un fenómeno imposible de detener, porque sí se pueden hacer muchas cosas para enfrentarla; y, segundo, tratar de identificar los principales problemas para ver cómo se les encuentra una respuesta adecuada.

Es claro, por ejemplo, en términos económicos, que la globalización representa un problema para los trabajadores no calificados; eso es algo ya establecido. En los procesos de apertura, de desarrollo económico, de apertura hacia los mercados internacionales, de competencia internacional, el trabajador calificado se defiende bien, el no calificado no. Por eso se habla con tanta frecuencia de que la pobreza crece o la distribución del ingreso empeora, cuando esos fenómenos de globalización se dan con buen crecimiento económico. En general, se han visto fenómenos de deterioro de la distribución sin que necesariamente crezca la pobreza. En general, cuando hay buen crecimiento, la pobreza disminuye, pero a veces también se alargan

las distancias. Y es evidente que, no sólo en nuestros países, la globalización ha traído, aun en Estados Unidos, fenómenos de empeoramiento de la distribución del ingreso. Ése es uno de los grandes desafíos que tenemos.

Los otros desafíos han surgido como resultado de lo que se ha ido dando desde el fin de la guerra fría. Al principio había un enorme optimismo sobre lo que iba a ocurrir. Los mercados resolverían todo, habría un crecimiento ininterrumpido. Terminada la confrontación este-oeste, parecía que el capitalismo prevalecería y que, seguramente, adoptando un grupo de normas que en América llamamos, o que los economistas llamaron, el Consenso de Washington, la aplicación rigurosa de esas normas iba a producir una prosperidad sin límite, sin grandes escollos. Pronto empezamos a ver, sobre todo a mediados de la década pasada, que no era así, que no había milagros. En efecto, si algo está claro hoy en el mundo es que no existen milagros, ni fórmulas, ni recetas simples para crecer, como tampoco para resolver los problemas sociales.

El primer afectado por esas nuevas tendencias de la globalización fue precisamente México, con la crisis de 1995. El descubrimiento de un fenómeno que se llamó la volatilidad de los capitales mostró cómo, en pocos días, éstos empezaron a retirarse del país de una manera vertiginosa. Esa crisis se pudo sortear. La misma afectó a otros países de Latinoamérica; en particular recuerdo a Argentina, que también tuvo problemas. México pudo superarla; por fortuna, hubo una buena colaboración de Estados Unidos. El presidente Ernesto Zedillo puso todo su patrimonio político para sacar adelante el programa económico, y la crisis se superó de manera relativamente satisfactoria.

Después vinieron otras volatilidades; en 1998 estalla la crisis de Asia, la de Rusia, y se inicia otra era de volatilidad de capitales, mucho más intensa que la que había producido la

crisis de México. El año de 1997 fue de poco crecimiento, y en 1998 hubo otra vez grandes problemas de este tipo. En 1999 hubo asimismo enormes problemas, crecimientos muy bajos, negativos en muchos países. A la parte andina le fue muy mal. En dicho año hubo decrecimientos de 4%, de 5% del producto, en Colombia, en Venezuela, en Ecuador. Hubo países a los que esa crisis afectó mucho; por ejemplo, Brasil. Y en Argentina empezó una nueva crisis por la volatilidad de capitales.

¿Por qué menciono estas cosas y estos datos económicos? Porque con frecuencia a uno le preguntan qué es lo que está pasando con las democracias, por qué se están debilitando y, aunque sí hay respuestas, éstas no son sencillas. Una respuesta importante es que, desde mediados de la década pasada, América Latina ha crecido mal, sencillamente mal; es decir, ningún país puede decir que ha tenido un gran crecimiento. Hubo muchos problemas.

México se ha empezado a recuperar, pero la recesión del año pasado en Estados Unidos le afectó duramente; Chile ha seguido un comportamiento que de todas maneras está por debajo de sus promedios históricos, además de que ha tenido problemas; también están República Dominicana, Costa Rica, y tal vez ahí termina un grupo de países que ha logrado defenderse. Los demás, en general, han crecido mal. Y eso tiene mucho que ver con una característica de la globalización que se llama la volatilidad de los capitales, fenómeno complejo, que tiene que ver con información, con calidad de las políticas, pero, en lo fundamental, con que hoy los mercados son mucho más rigurosos y estrictos. No hay ni un pequeño margen para cometer errores económicos; el menor error, la menor falta de información, un déficit fiscal, cualquier cosa de éstas, rompe la confianza en un gobierno. No sabíamos que eso era algo tan crítico y, desde 1995, estamos descubriendo que el nuevo contexto

está completamente lleno de escollos, de dificultades. Los países son, por ende, muy vulnerables.

Tenemos una nueva crisis, la de Argentina. Una tercera gran crisis de volatilidad. Hasta ahora se ha dicho que no va a haber contagio, todos estamos bien. Y no lo habrá si Argentina logra salir, si logra hacer acuerdos internacionales, si recibe apoyo internacional. Pero si esto se resuelve mal, no tengan duda de que lo habrá. Contagio en el sentido, no de una cosa calamitosa, sino en el de la imagen de América Latina, que se va a perjudicar; va a haber restricciones de acceso a los mercados de capitales; vamos a revivir nuevas versiones de lo vivido en 1995, en 1998-1999, y eso de alguna manera explica por qué la globalización, por qué la volatilidad de capitales afecta tanto nuestras democracias. Si un país no puede ofrecer a sus ciudadanos mejoría en su situación de vida, es decir, bienestar; si no es capaz de atender los problemas de servicios públicos, la democracia obviamente se debilita. Ése es uno de los grandes fenómenos que hemos vivido a lo largo de estos años.

Hay otro aspecto particularmente crítico, que tiene que ver con la globalización política. Hablamos mucho de la globalización económica y la gente en general tiene una idea muy clara de lo que ésta es, y de cómo afecta. Los sindicatos, los empresarios, todo el mundo tiene posiciones. La globalización política es un fenómeno, a mi juicio, mucho más vasto, que ha penetrado más profundamente nuestras sociedades, que las está cambiando, como decía Gustavo Iruegas. Es impresionante cómo la sociedad civil, cómo todo el mundo se siente partícipe y con derechos en el examen, en la discusión de las cosas públicas; ya no es posible considerar que esos temas son del ámbito del gobierno; ya no hay ninguna política ni tema que se pueda mirar así.

Hemos empezado a ver cómo los medios de comunicación han hecho del mundo una cosa pequeña; cómo temas que antes eran de la competencia exclusiva de los países, súbitamente

han dejado de serlo. De este modo, si en un país hay irregularidades electorales, el hecho se vuelve una noticia mayor que aparece en las televisiones y periódicos del mundo entero. Todo el mundo empieza a sentirse con derecho a decir si hubo fraude o no en determinado país; si hubo reconocimiento a los derechos de las minorías; si hubo manipulación; si el sistema electoral funcionó bien; si hubo o no abstención. La gente vive atenta a las cifras de abstención.

Cada pequeño problema de éstos se vuelve, digamos, un problema de cada ciudadano del mundo. De este modo, si por casualidad un gobierno desconoce un fallo judicial, interviene la justicia o hay un caso de corrupción, son asuntos que le dan la vuelta al mundo. En el ámbito americano, no hay la menor duda, cada ciudadano se siente con derecho a tomar partido, a tener una posición con respecto a las cosas que ocurren en nuestros países. Ustedes recordarán la enorme cobertura que por muchos años tuvieron los problemas en Chiapas, y cómo la gente del mundo entero se sintió con derecho a opinar, a tomar una postura; incluso, a veces, o en la inmensa mayoría de los casos, sin mucho conocimiento de las circunstancias de lo que ahí estaba ocurriendo. Éste es un fenómeno que ha puesto una enorme presión sobre los sistemas políticos.

Hace 10 años, había sistemas políticos con problemas; aun en México, por nombrar algún país. Eso era posible; se podía vivir en un mundo así con un sistema donde la libertad de expresión tenía limitaciones, donde la elección del presidente no era totalmente democrática, aunque tuviera mayorías electorales. Bueno, esto ya no es posible, no lo sería en México ni en ninguna parte. En América nos estamos moviendo hacia algo mucho más ambicioso de lo que es la democracia. El embajador Iruegas me habló hoy varias veces de la Carta Democrática, y de cómo conseguimos que funcionara en Venezuela; cómo la pusimos a prueba en la reciente crisis de este país.

¿De qué se trata, entonces? La democracia es: elecciones libres, justas, transparentes; sin embargo, más que eso, es asimismo respeto a los derechos humanos y a las libertades públicas. También, la democracia es tener separación de poderes y transparencia en la gestión gubernamental. Me alegró ver que ayer aprobaron en México una ley de acceso a la información; esas cosas son hoy muy importantes; son un componente definitivo de lo que una democracia es y debe ser.

La idea de democracia ha avanzado, además, para darle más poderes a los ciudadanos, no aceptar razones de Estado, y para que éstos tengan muchos más derechos que antes, mayor acceso a la información y al derecho a la crítica, y que la libertad de expresión no posea límites. Unas sociedades hacen, desde luego, que los sistemas políticos tengan en la actualidad un mayor número de dificultades. Los problemas que enfrentan los partidos políticos saltan a la vista; es algo que está presente a lo ancho de América. Todos los países y los partidos políticos andan en grandes problemas, porque la globalización deja ver que no están preparados para hacer frente a estos fenómenos de masificación de la información, a estas inmensas demandas que se han creado sobre las cosas que el Estado debe o no hacer.

Se supone que los partidos políticos son lo que integra, lo que logra articular una sociedad. En realidad, a los partidos políticos de América Latina les da mucho trabajo articular las sociedades. Esto representa una gran dificultad. La democracia es tener un régimen plural de partidos, que sean capaces de representar. En Venezuela, por ejemplo, uno de los problemas —y está reportado en nuestros informes— es el de un gran debilitamiento de los partidos. En estos casos, otros grupos empiezan a llenar la función de los partidos, lo que, más que servir y ayudar, termina por hacer daño a una democracia.

Las organizaciones de la sociedad civil tienen actualmente mucho más eco en la opinión, más cosas por decir, están más

organizadas, tienen mayor acceso a los medios de comunicación. Independientemente de si lo hacen bien y de si estamos de acuerdo con lo que hacen, hay que reconocer que cuentan con una enorme voz, y que sus críticas son oídas por toda la población.

En general, la globalización ha mostrado muchas deficiencias y problemas de nuestros Estados, de nuestra política, y esto ha ejercido una enorme presión. La democracia es en gran medida el sistema político; lo que tradicionalmente hemos entendido por democracia es eso, y los sistemas políticos han estado bajo una enorme presión, alineados con el tema de la globalización de los fenómenos, de los problemas y de las dificultades, y de cómo evolucionan las distintas sociedades.

Nos hemos ido moviendo hacia una generación de derechos; ya no bastan los que están consagrados en las convenciones originales de las Naciones Unidas y en la Convención Americana. Estamos alzando una nueva generación de derechos: los de los niños, de las mujeres, de los pueblos indígenas, de los migrantes y sus familias, de los niños, para que no participen en conflictos. Lo anterior forma parte de una nueva generación de derechos que tienen los ciudadanos. Me refiero a la humanidad entera y a los pueblos en general, que se han vuelto exigentes con eso.

A todos nos importa el problema de los curdos, y nos indigna que les pase esto o aquello, el de los armenios, los de Indonesia con sus minorías, los que hubo en Europa con la desintegración de la antigua Yugoslavia, algo que es difícil, y que, desde luego, nos interesa. Eso ha hecho de nuestra soberanía una cosa mucho más porosa de lo que era antes, lo tenemos que reconocer, es una realidad; sin embargo, tampoco quiere decir que tengamos que ser completamente impotentes frente a dicho fenómeno.

Hay un tercer componente que está ejerciendo una gran presión sobre nuestras democracias: el del Estado y sus instituciones, porque con facilidad nos quedamos en ciertos debates y no trabajamos en lo que es fundamental.



El periodo de los primeros años de la posguerra fría, los noventa, fue de gran confianza en los mercados, como ya se mencionó. Todos creímos en ello —yo mismo estuve sumamente involucrado en eso— y, ciertamente, en la mayoría de lo que se hizo para privatizar y estimular los mercados, aunque se hayan cometido errores o haya cosas que no salieran bien. Sin embargo, a mediados de dicha década empezamos a ver que, para el crecimiento, las políticas económicas no eran lo único relevante, que había otras cosas que contaban y mucho: la paz social, la estabilidad de las normas, el respeto al estado de derecho. Ese tipo de factores se vuelve muy significativo en un país, y es asimismo un componente importante de crecimiento.

También ha aparecido algo muy complejo de desarrollar, el gran desafío que tiene hoy Latinoamérica: los mercados no son todo, el Estado es lo importante. Yo creo que la discusión de si lo es o no resulta innecesaria; tenemos bastante consenso con respecto al Estado y sus responsabilidades e importancia. Estos fenómenos de globalización, sumados a los desafíos internos, hacen del Estado un componente de gran relieve en nuestra vida, que nos tiene que ayudar a resolver muchos problemas; sin embargo, esto no es igual en todos los países.

Lo que a muchos países nos quedó, después de las privatizaciones y del mercado, es un Estado bastante débil, que se ha desprestigiado. Un Estado que la crisis fiscal larga y permanente ha debilitado. Un Estado y unas instituciones que tenemos que reformar para que sean capaces de llevarnos a decir: “es un buen sistema educativo”.

Necesitamos un buen sistema educativo y, posiblemente, sólo con el Estado, con una buena orientación del mismo, podemos obtenerlo. Esto es demasiado importante, no somos capaces de enfrentar con éxito la globalización sin contar con un buen sistema educativo, lo cual depende del Estado. Las instituciones educativas de Latinoamérica tienen, en general, una

enorme resistencia a ser cambiadas; es muy difícil transformarlas; hay inmensas resistencias, fenómenos de descentralización que no siempre han funcionado bien. El sindicalismo aquí es muy fuerte; es posible que muchas veces no vea políticas suficientemente claras y, en consecuencia, tampoco acepta los cambios.

Del sistema educativo dependen dos cosas: primero, que seamos capaces de competir en un mundo globalizado, además de ser la principal causa de la desigualdad, de la enorme desigualdad que tenemos en América Latina. En algún debate en el que hemos estado, mientras unos dicen que la desigualdad viene de atrás, que se la debemos al modelo económico anterior —efectivamente, había mucha desigualdad antes de los cambios que se dieron en los noventa—, otros señalan que toda la culpa la tiene el nuevo modelo, aunque éste sólo lleve unos cuantos años.

Independientemente de esto, en América Latina tenemos la mayor desigualdad del planeta. Salvo Uruguay y Costa Rica, que pueden decir que son sociedades más equitativas, y ni siquiera salen muy bien al compararlos con índices globales, en el resto de los países de América hay mucha falta de equidad; regionalmente, la más alta en el mundo. Y claro, unos pueden culpar más a los cierres, al proteccionismo; otros, a que no hemos avanzado lo suficiente.

La realidad es que la principal causa de desigualdad en Latinoamérica es la educación; una educación que no ayuda a cerrar las diferencias en la sociedad; por el contrario, a veces las aumenta. ¿Y por qué las aumenta? Por temas muy simples: porque los hijos de los indígenas tienen menos oportunidades; porque los hijos de la gente con problemas de nutrición están obviamente en desventaja; porque los hijos que vienen de familias analfabetas —todavía hay muchas familias analfabetas en América Latina, no hay necesidad de decir cifras, hay países

con porcentajes altísimos— están, obviamente, en condiciones de desigualdad. Así, colocar a estos niños al mismo nivel de los otros es muy difícil. Los latinoamericanos no hemos sido exitosos en eso.

México tiene algunas ventajas sobre otros Estados, pero no está libre de muchos de estos problemas, y eso vale para la educación y para muchas otras cosas.

Ahora, ¿dónde se asocia lo anterior con la democracia? Cuando las instituciones del Estado no funcionan, la culpa es de la democracia, ¿de quién más? Esto quiere decir que la gente culpa a la democracia de los problemas de la globalización y la volatilidad de capitales, de que nuestros gobiernos no puedan ofrecer bienestar, mejores servicios públicos. La gente culpa a la democracia de que haya un sistema político que no funcione bien, porque en un país determinado no hay suficiente separación de poderes, o porque no hay respeto por las minorías, o porque hay intervención, o por mil cosas. La democracia está cargando con las deficiencias de nuestros Estados, de instituciones que ya venían mal, que tuvieron muchas restricciones presupuestales, que no han cambiado a la velocidad que lo está haciendo el mundo. A veces los gobiernos tienen que decidir si tratan un tema tan simple como invertir en dar acceso a Internet a todos los niños, o hacer el gran esfuerzo de sacar del atraso a aquellos que vienen de familias con grandes carencias.

Lo primero es de suma importancia para los temas de igualdad, para los relacionados con mejorar la distribución. Lo segundo para que México pueda competir. Ésa es una decisión muy difícil de tomar: cuánto pone uno de este lado y cuánto del otro, y eso que México tiene un Estado más eficaz que la mayor parte de los países latinoamericanos. Aquí sí ha habido un Estado y gobiernos que de alguna manera pueden tomar decisiones y avanzar en ellas. En general, los Estados latinoamerica-

nos son menos eficaces que el mexicano; ahí, hacer esas cosas es difícil.

Y cuando los Estados no crecen, como tampoco los ingresos públicos, cuando hay que atender las demandas de la gente por salarios, entender una multitud de problemas sociales, uno se da cuenta de que los desafíos sobre los gobiernos y sobre los Estados son enormes. Por eso, nuestras democracias están en problemas, porque hay muchas razones para estarlo.

De ahí que estemos haciendo un gran esfuerzo dentro de la OEA por tener una Carta Democrática, por tratar de defender, en forma colectiva, las democracias, abrir los ojos en todos los frentes en los que debemos trabajar. No se trata sólo de enfrentar las crisis inmediatas cuando surgen problemas, como sucedió recientemente en Venezuela, sino también de que los gobiernos puedan acudir y decir: “tengo estos problemas, ayúdenme, apóyenme, tengo que hacer frente a este problema de violencia o de seguridad”. En ello algo tienen que ver los temas de eficacia.

Ahora voy a citar algunos ejemplos: los temas de seguridad y de crimen se han vuelto muy importantes en el mundo moderno; asimismo tienen que ver con la calidad de las democracias. A veces, lo cual me da temor, veo cómo la gente culpa a las democracias de que los problemas de narcotráfico y de corrupción se agraven; la culpa de la pobreza, de todo ese tipo de fenómenos. Es aquí donde tenemos que hacer un alto en el camino y ver cómo los Estados y los pueblos de América nos podemos ayudar y apoyar mutuamente, y qué tipo de sistema vamos a necesitar, y qué tipo de sistema estamos construyendo.

Voy a utilizar un ejemplo que creo que viene muy al caso. El primer ejercicio, la Ronda Uruguay, las grandes rebajas para generar nuevas corrientes de comercio en el mundo con una teoría que es relativamente válida, de acuerdo con la cual el comercio es hoy un motor muy importante de crecimiento, que lo genera. No nos vamos a detener a examinar si es así,

personalmente creo que sí. Sin embargo, después vimos que esto benefició más a los países desarrollados, que los compromisos de éstos no se cumplieron muy bien, y que los otros países sí cumplimos. Y vino en Seattle la segunda ronda, que fracasó, y ahora tuvo algún desarrollo positivo en Doha. Ahí finalmente se aceptó que los países en desarrollo tienen mucho más que decir que en la ronda anterior.

En América tenemos una ventaja que deberíamos aprovechar. La Organización Mundial del Comercio (OMC) prácticamente sólo puede hablar de comercio. Y no es sólo que no pueda hablar de los temas laborales y ambientales —aunque eso ha tratado de entrar ahí—, sino que es una organización puramente de comercio, y los países no se van a amparar en las Naciones Unidas para sacar adelante los acuerdos comerciales.

Nosotros, en América, sí lo podemos hacer. Estamos trabajando en la creación de una zona de libre comercio. Todos los países están comprometidos en ello, llevamos cinco años de trabajo. En teoría, debemos terminar a finales de 2004 y crear una zona, en toda América, similar a la que tienen Estados Unidos, México y Canadá con el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN). Pero también tenemos un Sistema Interamericano de Derechos Humanos que puede responder a los problemas de esta índole en América como un recurso de última instancia. Es una institución a la cual pueden apelar los ciudadanos cuando sienten que no se les está haciendo justicia; pueden demostrar esto, como también que sus instituciones no los están amparando como deben hacerlo.

Estamos desarrollando, estamos trabajando con los ministros de educación para tratar problemas colectivos, crear desarrollos, sistemas de información hemisféricos, contar con estadísticas comparativas, trabajar en muchos de los componentes de la educación, no sólo en el ámbito nacional sino interamericano, así como intercambiar experiencias. Tenemos una re-

unión cada año con los ministros de trabajo para tratar los temas de respeto a los derechos de los trabajadores; asimismo hay, obviamente, reuniones de ministros de comercio, de hacienda. Hemos ido desarrollando un grupo de instituciones hemisféricas.

Se reúnen los ministros de medio ambiente, los de energía, así como de muchos frentes. De este modo, hemos ido logrando la creación de un sistema que a mi juicio tiene mucho más balance que el que se puede ofrecer en los acuerdos globales. Eso es lo que estamos tratando de hacer en América. Estamos desarrollando al interior de la OEA un proceso de evaluación multilateral en materia de drogas, para no depender de la certificación unilateral de Estados Unidos; llevamos dos años en este proceso que va relativamente bien.

México tomó la iniciativa para tener una convención sobre tráfico ilegal de armas, municiones, explosivos, lo que nos ha empezado a ayudar a crear una agenda de seguridad hemisférica. Los temas de terrorismo han sido un gran desafío; estamos trabajando de manera ordenada; tenemos una organización —que ya habíamos creado antes— para hacerle frente a este tipo de problemas. Trabajamos en temas muy precisos. Vamos a tener una nueva convención de terrorismo que van a firmar los cancilleres en nuestra reunión en Barbados dentro de un mes. Esto muestra en qué contexto estamos trabajando; de alguna manera, una zona de libre comercio, unas reglas para trabajar en derechos humanos, una serie de propósitos y de normas de tipo colectivo nos deben servir para reglamentar los fenómenos.

La gente a veces dice: “no, yo soy opositor del Acuerdo de América del Norte”; sin embargo, contrario a lo que piensan algunos, éste nos ha servido por una razón muy simple, porque es una manera de tener reglas. Claro que a veces hay tropiezos, pero en el comercio con Estados Unidos uno necesita reglas, y si hay un instrumento que las dé, pues bienvenido, que

ayude a resolver las controversias, que no se dependa exclusivamente de las instituciones. Para eso sirve el sistema multilateral, para crear reglas colectivas, para que no prevalezca el más poderoso sobre el más débil, para que la igualdad jurídica de los Estados cuente en el sistema global.

Seguramente vamos a necesitar, ante los enormes desafíos que encuentra hoy el mundo, nuevas convenciones, tratados, maneras de resolver las controversias, porque si no le hacemos frente a la globalización con nuevos acuerdos y con nuevas reglas de naturaleza multilateral, tendremos una globalización sin reglas, sin capacidad para resolver los conflictos en forma civilizada, lo cual es mucho más riesgoso que contar con una globalización en la que estamos haciendo un esfuerzo, no sólo en la OEA, sino también en la Organización de las Naciones Unidas (ONU), por reglar una gran cantidad de situaciones que corresponden a acuerdos de naturaleza global, que tienen una mayor legitimidad porque es la voluntad nuestra, la de nuestros países, la de nuestros gobiernos; de este modo podrá verse para qué sirve ese sistema internacional.

Resulta evidente, por ejemplo, que en la ONU se ha hecho un gran esfuerzo en los temas de medio ambiente, que no han sido totalmente exitosos. No todo el mundo está dentro, pero la inmensa mayoría de la comunidad internacional sí lo está. Hay que seguir avanzando en los temas, por ejemplo, de seguridad, de narcotráfico, de terrorismo, de corrupción.

A fin de enfrentar estos problemas necesitamos cada vez más cooperación judicial. Tenemos una reunión de ministros de justicia trabajando en eso, tratando de ver cómo mejoramos la cooperación judicial para que esas investigaciones se puedan desarrollar. Así quisiera que ustedes vieran el Sistema Interamericano. Espero que estas reflexiones les hayan sido de algún interés.